

LAS PRESUNTAS IDEOLOGÍAS NOVÍSIMAS

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA*

DISTINCIONES

Un estadounidense, a quien falsamente se atribuyó en España la tesis del fin de las ideologías políticas, anunció en 1961 que tendrían mucho futuro el radicalismo norteamericano, la nueva izquierda, el panafricanismo, el comunismo y, sobre todo, el Welfare State o Estado nodriza que era entonces la bandera electoral de los socialdemócratas¹. Hoy es evidente que tal previsión ha sido desmentida por los hechos y que incluso el comunismo se ha demostrado inviable y ha muerto por consunción.

Pero los que antaño abogaban por la operatividad histórica de aquellas «nuevas» ideologías no se resignan a aceptar la racionalización de la convivencia humana y presentan otras ideologías que con cierta ironía se podría calificar de «novísimas». Ello desmentiría la ley sociológica que empecé a formular en artículos desde 1959 y que expuse sistemáticamente en mi libro *El crepúsculo de las ideologías* (1965), a saber, que cuanto mayor es el desarrollo cultural y económico de una sociedad menos factible resulta adoptar las decisiones públicas en función de ideologías y más se imponen los criterios estrictamente racionales o científicos². Entre esos «novísimos» figuran algunos esquemas que, en realidad no son ideologías políticas.

* Sesión del día 19 de noviembre de 1991.

¹ D. BELL: *The end of ideology*, Nueva York, 1961, págs. 393-402. El autor, en el foro celebrado en El Escorial entre los días 9 y 11 de julio de 1991, dijo, en mi presencia, que le interpretan muy mal quienes afirman que sostuvo o sostiene el fin de las ideologías políticas.

² Además de mi libro citado y del prólogo a la 7.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1986, vid. mi conferencia (18-VIII-1990): «Las ideologías, sin futuro», en *Razón Española*, núm. 47, mayo de 1991, págs. 261-282.

Obviamente, es inadmisibles suponer que todos los «ismos», como alpinismo, consumismo, urbanismo, tropismo, socorrismo, desviacionismo, eufemismo y tantísimos otros son ideologías políticas. Tampoco lo son las escuelas de pensamiento como el realismo, el racionalismo, el empirismo, el pragmatismo, o el existencialismo o las vinculadas al nombre de un fundador como el aristotelismo, el lulismo, el cartesianismo o el kantismo. En tal simpleza semántica caen algunos buscadores de ideologías, pero procede evitarla absolutamente porque desembocaría en equívocos confusionarios e incluso cómicos. Tres notas, entre otras muchas, para distinguir una ideología política de lo que no lo es.

a) Para que un «ismo» sea una ideología política se requiere que sea una vulgarización simplificada, generalizada, patetizada y casi sacralizada de una filosofía política. Por tener su raíz en una filosofía ha de entrañar una solución global a los problemas de la convivencia, una suerte de receta omnivalente o triaca máxima para la gobernación, no una terapéutica local. El eremitismo o el monaquismo, por ejemplo, son fórmulas de sociabilidad tan restrictas y minoritarias que nunca han sido ni podrán ser ideologías políticas.

b) A diferencia de los programas técnicos —limitados, cronometrados y realistas—, las ideologías políticas presentan una meta ideal, prometen una tierra hacia la que se camina sin pausa; es la dimensión profética y utópica. Para el liberalismo ese punto omega es el individuo autogobernado, para el socialismo es la autogestión igualitaria, para el anarquismo es la supresión del poder. Al cabo, todas anuncian un edén. Por naturaleza, una ideología política ganará o perderá vigencia; pero nunca se realizará plenamente. Siempre quedarán revoluciones pendientes. Toda operación política que llegue a un efectivo final, todo proyecto social que, en plazo razonable, pueda darse por cumplido no es ideológico. Un determinado plan, por ejemplo, de escuelas, de hospitales, de autopistas, o de descontaminación ha de elaborarse para ser llevado pronto a término; pero una ideología no, porque tiende hacia el infinito. Los hombres y las circunstancias son los culpables; las ideologías políticas son irresponsables, jamás se equivocan; si acaso se hunden. Este dinamismo maximalista, esta resistencia a la conclusión, esta intolerancia al balance empírico podría denominarse el principio de inverificación ideológica. Después de fracasado el último régimen marxista aún quedará quien, impávido, afirme que el verdadero comunismo ni siquiera se ha ensayado.

c) Y, como todo lo político, las ideologías políticas suponen un antagonista que les disputa la adhesión de las minorías y de las masas. Es la existencia de un adversario lo que da sentido político a las ideologías. El anarquismo necesita del estatismo para sobrevivir; lo mismo acontece con los democratismos respecto de los absolutismos. Las ideologías políticas se presentan por parejas contradictorias y es ese enfrentamiento el que las mantiene mutuamente vigentes. Con frecuencia tal oposición se manifiesta incluso literalmente: el antifascismo contra el fascismo, el anticomunismo contra el comunismo.

LOS «ISMOS» INVOCADOS

No vale la pena ni enumerarlos todos, ni analizarlos exhaustivamente. Se trata tan sólo de poner de manifiesto la impropiedad de elevar al nivel de ideologías políticas ciertas corrientes que no son ideologías en absoluto.

a) *El pacifismo* propone a las gentes la evitación de la guerra; pero en ningún país desarrollado se manifiesta una ideología belicista. Al contrario, todos desean y se esfuerzan en mantener la paz interna y la exterior; todos los miembros de la ONU han condenado solemnemente el recurso unilateral a las armas. ¿Dónde está el rival de los pacifistas? Derrotada la URSS en su no declarada pero obvia guerra fría y oficialmente convertida al universal pacifismo, ¿que nación occidental esgrime una ideología de expansión guerrera? Ninguna. El pacifismo no es una ideología política, es un ideal universal que ya carece de oponente expreso. En Occidente el pacifismo no es maquiavélico disfraz de propósitos agresivos, como lo fue en la URSS, sino un estado de ánimo colectivo y un objetivo tan sincero que algunos sociólogos dudan de la capacidad de no pocos países occidentales para luchar, ni siquiera en legítima defensa.

El deseo de preservar la paz es denominador de todas las políticas occidentales y ha perdido el sentido que pudo tener en otras edades o en el próximo pasado cuando existían las amenazas del III Reich, del Japón o de la URSS, que eran Estados efectivamente belicistas.

Acontece, además, que el pacifismo no es una solución global a los problemas de la convivencia, no es un modelo de sociedad; es, únicamente una actitud diplomática que sólo contempla un aspecto de la política exterior, el más grave, pero no el más frecuente. El pacifismo es un apéndice adicionable a ideologías tan diferentes como el autoritarismo, el socialismo y el demoliberalismo decimonónicos.

La ausencia de oponente y la fragmentariedad sustantiva revelan que el pacifismo reciente no es una ideología política, sino algo distinto y pequeño que es preciso descubrir bajo su máscara de presunta ideología. Durante los decenios de la guerra fría, desencadenada por la URSS a fin de universalizar el socialismo real, el pacifismo era una consigna soviética de exportación para debilitar psicológicamente y desarmar a sus eventuales víctimas. Los movimientos pacifistas de Occidente estaban fomentados por la URSS que era la potencia más militarizada y amenazadora del planeta. Este orwelliano cinismo era, para los ingenuos o para los cómplices, una ideología de raíz ética. ¿Quién puede recaer en tan rústica trampa?

Extinguida o temporalmente en suspenso la estratagema pacifista soviética, el pacifismo mas actual es el pretexto pseudoideológico que esgrimen los grupúsculos que se niegan a prestar el servicio militar o los servicios alternativos porque les resulta más atractivo el ocio. Tan egoísta pretensión sectorial ¿puede considerarse de la misma especie que, por ejemplo, el socialismo? Ciertamente, no. Ese pacifismo hay que tratarlo como una patología social por lo que tiene de local insolidaridad y, sobre todo, de irracional. Porque la paz interna, lo mismo que la externa, sólo se mantiene con la

disuasión coactiva de un poder legítimo. Lo que ha evitado que Europa cayese bajo el nacional-socialismo o el planeta bajo el comunismo ha sido la disposición no entregada y no pacifista a ultranza de ciertos pueblos que se negaron a desarmarse.

El pacifismo presente no es propiamente una ideología política o modelo simplificado de sociedad; es un señuelo o una coartada, y quienes lo dignifican como procedimiento neutro, cuestión opinable o utopía alternativa sirven consciente o inconscientemente a la temeridad colectiva o al egoísmo de unos pocos. El pacifismo reciente no fue sólo una manipulación terminológica y clasificatoria, sino también ética.

b) *El feminismo* es un movimiento surgido entre los anglosajones a finales del siglo XVIII con el propósito de equiparar jurídicamente al varón y a la mujer, más o menos discriminados como consecuencia del influjo del derecho romano. Este movimiento no propugnaba una concepción global de la sociedad y del Estado, se refería sólo a intereses sectoriales por razón del sexo. No era, por tanto, una ideología política, sino un proyecto de reforma legislativa limitada a ciertos artículos de códigos y normas electorales o laborales.

Hoy, el reconocimiento de iguales derechos es una realidad en Occidente y es un punto programático de todos los partidos, compatible con idearios alternativos y aún contrapuestos. Esta corriente carece de la globalidad y de la contradictoriedad propias de una ideología política. Es más, las mujeres no sólo tienen las mismas oportunidades formales que los varones; sino que disfrutan de ciertos privilegios en caso de divorcio, viudedad, de exención de la obligación de prestar el servicio militar, de vacaciones pagadas en caso de embarazo y de exclusión de ciertos trabajos especialmente duros. La reivindicación feminista de que las mujeres no fueran discriminadas negativamente por las leyes no tiene opositor. Ese objetivo se ha convertido en universal. El feminismo no puede ser en Occidente una ideología porque no existe un antifeminismo; al contrario, se da una situación que tiende a colocar a los varones en una posición jurídica menos protegida.

Con la pseudoideología feminista acontece lo mismo que con la pacifista, que se utiliza como legitimación de ciertas reivindicaciones grupusculares, como las abortistas o las lesbianas. Pero el aborto no es una cuestión opinable puesto que consiste en la destrucción del ser más inocente e indefenso —el feto— por su madre que es la persona más obligada a defenderle. Está en el seno materno como un invitado involuntario y temporal; no es una víscera de la que su propietario quiera ser amputado. El aborto no es una ideología porque es un crimen. Gran extensión en el espacio y en el tiempo tuvieron la esclavitud y la violencia, y no por eso han de considerarse situaciones moralmente defendibles.

El lesbianismo es una tendencia sexual contraria a la naturaleza que puede ser una anomalía más o menos genética o simplemente una perversión degenerativa. Cabrá tratar médicamente tales patologías y se deberá ser tolerante con las incurables. Se podrá amparar a tales parejas contra la traición a la palabra dada, el abandono, etc. Pero lo absurdo sería denominar matrimonio a una unión que constitutivamente no puede

dar lugar a una maternidad y, por lo tanto, a una descendencia genuina y, en definitiva a una familia de sangre. Llamar matrimonio a tales uniones sería como denominar hipoteca a un arrendamiento. Habría que crear otra figura en la que los legisladores romanos y los napoleónicos no pensaron jamás, quizá en emparejamiento socio-económico estable. Es una cuestión muy concreta de técnica jurídica, no de opción entre modelos de Estado.

El feminismo no es una ideología porque sus justas reivindicaciones nadie las contradice en Occidente y porque no es una concepción global de la sociedad. Lo que se discute no es la igualdad jurídica de la mujer en relación al hombre, sino mercancías averiadas que harían estremecerse a Hipócrates y a los configuradores de la institución matrimonial desde los más remotos tiempos hasta hoy.

El feminismo superviviente no es, como toda ideología política, una ininterrumpida aproximación a un paradigma inalcanzable, sino una pretensión que, según sus portavoces, se colmaría con unos cuantos preceptos legales, entre ellos, el aborto libre. La satisfacción de la demanda y, al propio tiempo, la extinción del movimiento estarían al alcance de la mano.

c) *El ecologismo* propiamente dicho ni es una concepción global, ni se enfrenta con otra antípoda. No es, pues, una ideología política. No es un modelo de sociedad, sino la exigencia de medidas para contrarrestar los efectos negativos de la creciente industrialización. Tal exigencia de ámbito limitado y circunstancial es compatible con cualquier ideología política, aunque hayan sido los regímenes socialistas los que han causado las mayores catástrofes ecológicas como la prototípica del mar de Aral.

Tampoco es una antítesis frente a una posición intelectual de signo contrario; es un movimiento de antecedentes milenarios reactivado por la creciente agresión de las modernas industrias al medio ambiente y por estímulos de vario y, a veces, velado origen. Hoy, todo el mundo es partidario de conservar el hábitat de la especie humana; no hay antiecológicos. Los países, tanto más cuanto más desarrollados, están adoptando programas para preservar las potencialidades de nuestro planeta; son, con tecnologías más complejas, continuadores de los remotos antepasados que repoblaban bosques, encauzaban ríos y levantaban bancales para evitar la erosión o respetaban barbechos para no empobrecer las tierras.

Desgraciadamente, algunos de los más activos y organizados ecologistas pierden la razón cuando reclaman absurdos como el retorno a los arbolados autóctonos originarios. Hoy se sabe que muchas de las especies frutales y decorativas que hay en Europa proceden de híbridos prefabricados o han sido importadas de lejanas latitudes y difícilmente aclimatadas. ¿Habría que devolver a sus comarcas natales el ciruelo o el magnolio y recluir en los semilleros de los laboratorios a todas las especies mejoradas? ¿Tendrían los españoles que reducirse a la encina, y talar cuanto han recibido de otras latitudes? Y algo análogo podría decirse de la agricultura y la ganadería. ¿Renunciaríamos a la patata, al tomate, al trigo duro y a todas las plantas nutritivas que no son celtibéricas? ¿Nos conformaríamos con la zarzamora? ¿Nos reduciríamos a criar jabalíes?

Y, sobre todo, ¿quién sabe cuáles son la vegetación y fauna originarias de cada territorio? La vida es constitutivamente migratoria.

El retorno a la naturaleza ¿impediría atacar al suelo para obtener minerales, arcillas o mármoles? ¿Exigiría también el desmantelamiento de las industrias más agresivas? ¿Habría que renunciar a las fuentes de energía que, como los combustibles fósiles, se obtienen violentando a la naturaleza de modo irreversible? En la meta de ciertos ecologismos aparece el mito del buen salvaje en un supuesto paraíso cuaternario; pero ¿cuántos irían a instalarse en la selva virgen amazónica para realizar plenariamente su naturismo ecológico? Y ¿cuántos reconocen que la polución de las tecnologías se combate con más técnica?

Es obvio que nuestra especie, por instinto de conservación y por raciocinio existencial, tiende a preservar su circunstancia terráquea y debe hacerlo para asegurar la continuidad perfecta de la Humanidad. Sin embargo, en este empeño los criterios no pueden ser de un radicalismo dogmático, sino prudenciales. Algunos ecologistas «profesionales» han caído ya en el cinismo, ya en la contradicción, ya en un voluntarismo irrealista. Otros asumieron criptomarxismos inducidos para debilitar las estructuras productivas y la cohesión de las sociedades resistentes a la comunización.

Hay ecologismos racionales de planteamiento y resolución científicos, que todo el mundo comparte; pero hay también ecologismos de más o menos lejana instigación criptoideológica que, como todas las ideologías políticas, no resisten el riguroso análisis tanto conceptual como empírico.

d) *El nacionalismo* es, culturalmente, una reivindicación de identidad colectiva. No entraña una concepción global de la convivencia puesto que una misma comunidad, como la rusa o la española, ha adoptado sucesivamente tipos de Estado muy diferentes. Las peculiaridades étnicas, lingüísticas, folklóricas, etc., no son ideologías, sino hechos, por cierto nada modernos.

El inmemorial nacionalismo político se reformula en el postulado contemporáneo de que cada nación tiene derecho a constituirse en Estado soberano. Este «principio de las nacionalidades» (agitado por la Revolución Francesa y relanzado en nuestro siglo para desintegrar los derrotados imperios austrohúngaro y otomano y, últimamente, para explosionar el imperio ruso) adolece de gravísimas deficiencias teóricas y prácticas.

En primer lugar, no se ha logrado definir objetivamente qué sea una nación. Las concepciones más congruentes con los datos reducen las nacionalidades a fenómenos voluntaristas colectivos con cierto fundamento real, pero siempre estimulados por élites aspirantes al poder. Y todo lo voluntario es temporal y mudable. Y no menos difícil es delimitar físicamente una nación sin apelar a fronteras con inmensa carga de arbitrariedad. ¿Por qué Uruguay y Argentina son naciones distintas? ¿Por qué el Rosellón y Cataluña forman parte de naciones diferentes? ¿Cuántas naciones hay en los Balcanes, en Transcaucasia o en la India?

Pero lo decisivo es que, en segundo lugar, atribuir a una fracción de la Humanidad la llamada «soberanía» o potestad de decidir en última instancia qué sea lo justo y

recurrir a la guerra para imponérselo a otros grupos es éticamente insostenible. El nacionalismo político es la forma de egoísmo colectivo que ha ocasionado los horrores más atroces de la Historia. La constructivista noción de soberanía es un invento bodiniano para, tardíamente, justificar algo tan arcaico como la insolidaridad humana y la violencia masiva, un invento que no resiste la crítica moral. El hecho de la agresión bélica organizada es tan vetusto como la tribu: lo moderno es su presunta legitimación con un vocablo no menos irracional y que los tabúes primitivos.

Acontece, además, que cuando un grupo, fundándose en su más o menos delimitada peculiaridad nacional, alcanza a separarse de la entidad previa y a constituirse en Estado soberano, el nacionalismo ya no es un criterio para gobernar. A partir de la independencia, los administradores podrían apelar, si la sociedad está cultural y económicamente subdesarrollada, a recetas ideológicas propiamente dichas; pero si se trata de un pueblo avanzado, decidirán ante cada problema según los dictámenes técnicos de la razón. El nacionalismo es la voluntad de institucionalizar un egoísmo; pero no puede servir de general y permanente criterio político para afrontar los innumerables retos que la realidad plantea al estadista.

Si el nacionalismo cultural es un complejo dato histórico que evoluciona y no una ideología, el nacionalismo político es un simple egoísmo colectivo que intenta institucionalizarse y que tampoco es una ideología. Ambas clases de nacionalismo se anticipan quizá en 25.000 años a la aparición de las primeras ideologías políticas. Aducirlos ahora como novísimos relevos de unas ideologías evidentemente caducas no es ni cierto, ni coherente.

e) *El Fundamentalismo* fue un movimiento protestante de carácter tradicionalista puritano que, con sus exégesis literales, se oponía a las innovaciones y especialmente al evolucionismo darwinista. La denominación, fundada en sus textos definitorios *The fundamentals* (1910-1912), se extendió luego a manifestaciones integristas de otras creencias. Este es el caso del Islam cuyo llamado fundamentalismo actual no es otra cosa que una pretensión de retornar a la pureza de las fuentes y una exigencia de que el Estado sea confesional según los principios coránicos. Hasta el concilio Vaticano II, también el catolicismo propugnaba la confesionalidad de los Estados. Y análoga fue la posición de las Iglesias reformadas bajo el principio «Cujus regio ejus religio». No hay, pues, nada esencialmente nuevo en el renacimiento, entre los mahometanos, del deseo de ser gobernados según la concepción musulmana del mundo. A este renacimiento han contribuido la decadencia moral de Occidente, la subjetiva sensación de sentirse postergados o explotados, y el robustecimiento de una cierta solidaridad árabe frente al sionismo y sus aliados.

¿Es el renaciente fundamentalismo árabe una ideología política? La cuestión previa y radical consiste en determinar si toda religión es una ideología que, entre sus componentes, incluye un modelo de Constitución. Una religión es el modo que una persona tiene de relacionarse con lo absoluto, y ese vínculo ha tendido en los tiempos modernos a ser cada vez más intimista. Por su referencia trascendental, sus factores suprarracionales, y su preferente localización en la conciencia individual, una religión

no puede identificarse con una ideología que es un esquema inmanente, terrenal y comunal. Quienes incluyen a las religiones entre las ideologías incurrir en un reduccionismo peyorativo que deja casi todo lo sacro sin explicar.

Pero acontece, además, que las grandes religiones han sido compatibles con muy diversas formas políticas, incluso confesionales. El cristianismo, por ejemplo, ha convivido con el Imperio romano desde Constantino, con los reinos bárbaros, con los señoríos feudales, con las repúblicas urbanas, con las monarquías absolutas y con las parlamentarias, con las repúblicas presidencialistas y con las partidocráticas, con los autoritarismos, y con las múltiples especies de cada uno de esos géneros. El islamismo ha convivido con los califatos, los taifas, el Imperio otomano, las monarquías absolutas y las parlamentarias, las repúblicas, los principados, las sociedades tribales, etc. Y algo análogo podría decirse de otras grandes creencias. Estaría, pues, en contradicción con los hechos afirmar que una religión implica una ideología política determinada: un siglo de encíclicas romanas no ha hecho sino confirmar la indiferencia de la Iglesia ante las formas de gobierno.

Otra cosa es que algunos de los conflictos bélicos que han asolado a la Humanidad hayan sido guerras de religión; pero ha habido otras muchas que han sido de conquista como la agresión de los Estados Unidos a México o la de Alemania a Polonia por limitarnos a espectaculares ejemplos de la contemporaneidad. Que las creencias hayan sido razón o más bien pretexto para un muy variado elenco de decisiones estrictamente políticas no significa que una religión sea por naturaleza una ideología política.

Otra cosa es también que las religiones postulen una moral que tenga consecuencias sociales como la condena de la mentira, la injuria, el homicidio o el robo; pero la ética, tanto la racional como la consuetudinaria, no son ideologías políticas, son tesis o usos acerca del comportamiento interpersonal. El *Decálogo*, por ejemplo, en modo alguno puede incluirse entre las ideologías políticas.

Reducir una religión o modo de relacionarse con lo absoluto a ese transitorio subproducto mental para gobernar sociedades poco racionalizadas que son las ideologías políticas no es empíricamente admisible. La local reaparición de la confesionalidad no desmiente el crepúsculo de las ideologías políticas como universales recetas para adoptar las decisiones públicas.

EL CASO DEL LIBERALISMO

Se dice que se ha impuesto la ideología liberal; pero tal ideología no ha cesado de evolucionar desde su aparición a finales del siglo XVIII. El liberalismo jacobino que condujo a la guillotina y al terror, se parece muy poco al liberalismo doctrinario que consagró el predominio de la burguesía. El liberalismo anticlerical de la segunda mitad del siglo XIX difiere mucho de los liberalismos democristianos posteriores. Un liberalismo que durante décadas fue la izquierda política ¿no se ha convertido en una derecha frente a los socialismos? Se impone alguna precisión mínima. Hoy, el llamado

liberalismo constaría de tres factores: los derechos del hombre, el método democrático y la propiedad e iniciativa privadas con mercado.

a) Los derechos del hombre no son una ideología. Cuando en el *Génesis* se define metafóricamente al hombre como «imagen de Dios» se quiere decir que tiene una dimensión respetable. Esta idea impregna las grandes religiones y las morales desde las más remotas, como la judaica o la búdica, hasta las últimas pasando por el estoicismo y el cristianismo. El *Decálogo* mosaico es una enumeración de deberes que suponen otros tantos inalienables derechos del prójimo como los de no ser asesinado o engañado. Dos mil años de iusnaturalismo no han cesado de proclamar los derechos del hombre desde bases estrictamente racionales, y de fundamentar lógicamente y empíricamente tales derechos. La actitud de la escuela de Salamanca, con Vitoria a la cabeza, respecto a los derechos naturales de los amerindios no es más que un ilustre ejemplo de una multisecular tradición antropológica y moral.

Los derechos del hombre no son, pues, una invención de los padres de la patria norteamericana. La única novedad ilustrada fue incluir entre tales derechos fundamentales alguno más bien accidental y problemático. Pero, en cualquier caso, todas las Declaraciones de derechos se presentan como algo previo que los legisladores se limitan a reconocer por encima de las opciones discrecionales. Los auténticos derechos fundamentales del hombre no son una ideología política, sino algo más amplio y superior, una ética.

b) La adopción de ciertas decisiones periódicas por la mayoría de los votantes no es tampoco una ideología, sino un simple método que ya aplicaron los griegos y los romanos y que se ha transmitido a la designación de cargos electivos y a la deliberación de las asambleas a lo largo de los siglos. Ese criterio procedimental no es un fin, sino una simple técnica que se puede instrumentar de múltiples formas, todas igualmente arbitrarias y que unas veces funciona inicuaamente, como en el plebiscito que condenó a Jesús o en la Asamblea francesa que guillotizó a tanto inocente. La regla mayoritaria no es una ideología; es un método compatible con cualquier ideología puesto que simultáneamente lo han practicado concilios eclesiásticos y comités bolcheviques.

El método democrático puede conducir al despotismo de la mayoría, a la burocratización y al estatismo lo que, en último término, estaría en contradicción con el individualismo de ciertos modos y derechos que postula la ética liberal. Esta clara contradicción tendencial ya fue señalada por Radbruch, Hayek y otros muchos, e invalida al demoliberalismo como conjunción necesariamente coherente.

c) La propiedad privada no es una ideología, sino una tesis moral, rotundamente formulada en el mundo clásico y sólidamente argumentada por la escolástica y por escuelas filosóficas tan dispares como el positivismo o el idealismo. La propiedad particular y sus consecuencias no son una ideología política, sino un hecho consustancial a la territorialidad de la especie humana y una de las conclusiones más elaboradas de la ética universal.

La iniciativa privada es una consecuencia de los derechos humanos y de la

propiedad. El dueño de sí y de su hacienda puede dar a ésta un destino que no sea el simple disfrute inmediato, sino la futura producción. No otra cosa es la empresa. La ordenación del propio ahorro y, eventualmente, también del ajeno a un fin económico, con o sin colaboración de socios o asalariados, es tan antiguo como la familia, es un comportamiento natural que no requiere presupuesto ideológico alguno. En cambio, sí es un apriorismo ideológico prohibir la iniciativa económica de los particulares y atribuírsela en exclusiva a una privilegiada nomenclatura.

Tampoco el mercado como medio de establecer los precios y adscribir los recursos es una construcción ideológica, sino un hecho inherente a la división del trabajo: cuando unos fabrican vasijas y otros hachas de sílex y fijan libremente los términos de su intercambio ya ha aparecido el mercado. Y esa modalidad de complementariedad económica ha sido la única que ha conocido la Humanidad hasta que ciertos ideólogos lograron imponer la colectivización por el terror en la URSS. Lo ideológico y forzado es el socialismo real; lo razonable y espontáneo es el mercado.

d) Los genuinos derechos del hombre, como acontece con el imperativo categórico, no son ideologías y tiene un fundamento racional. El método mayoritario es una simple regla de juego, formulable de muy diversos modos arbitrarios y, por lo tanto, éticamente neutra, y allende el bien y el mal. La propiedad y la iniciativa privadas son lo más espontáneo y lo menos ideológico del comportamiento humano. El mercado es un hecho connatural a la división del trabajo. En suma, los componentes principales de lo que ahora se denomina liberalismo no son ideológicos.

Esos componentes no constituyen una especie de unidad sustantiva puesto que la Humanidad ha conocido milenios de propiedad y mercado sin democracia y con unos derechos humanos bajo mínimos. No son factores integrados, sino simplemente yuxtapuestos. Incluso algunos de ellos tienden a separarse, como queda señalado, respecto a la libertad individual y el imperio del número.

Ni los derechos del hombre, ni la adopción de las decisiones públicas por mayoría, ni la propiedad e iniciativa privadas, ni el mercado son absolutos puesto que, tan pronto como se configura una comunidad aparecen los usos y, posteriormente, las normas coactivas, que delimitan el ejercicio de tales prácticas. Por ejemplo, ni el derecho a la vida, ni el «ius utendi», ni el mercado existen irrestrictos y puros. Son innumerables los procedimientos de situar al individuo ante la sociedad, de contabilizar los votos, y de encauzar los intercambios. Pero estas reglamentaciones jurídicas son por naturaleza técnicas, y sólo accidental e innecesariamente ideológicas.

Acerca de los ingredientes de lo que hoy se entiende por liberalismo se ha teorizado mucho desde la antigüedad y, más intensamente desde la Ilustración. La historia de las ciencias morales y políticas da extensa fe de ello. Esas ideas han sido, a veces, simplificadas y vulgarizadas a efectos electorales y han dado pretexto a las varias ideologías «liberales» que ha conocido la modernidad. Para esa manipulación apenas tendrá sentido al haberse hundido el modelo contrario: el capitalismo monopolista de Estado. No hay ideología política operativa sin un oponente.

CONCLUSIÓN

Después de la segunda guerra mundial, las socialdemocracias fueron renunciando a sus raíces ideológicas marxistas. Al propio tiempo, los liberalismos se desdibujan con sus vaivenes a la derecha y a la izquierda. Los conservatismos permanecieron como método, pero no como ideología al evolucionar sus agendas según las circunstancias históricas. Finalmente, el socialismo real se ha desplomado bajo el peso de su propia inviabilidad. Y el anarquismo es un residuo utópico.

Si se contempla el panorama occidental, el crepúsculo de las ideologías es notorio; los programas se tornan pragmáticos y técnicos. La última nación del continente libre que sufrió un sarampión ideológico —España en la década de los años setenta— ha visto cómo las campañas electorales, incluso las socialistas, sólo aluden a viviendas sociales, puestos de trabajo, medidas contra la delincuencia y la droga, contención de la inflación, reducción del servicio militar, actualización de pensiones, mejora de las prestaciones hospitalarias y de los transportes públicos, infraestructuras, etc. Las recetas ideológicas han caído en desuso.

Y, a escala planetaria, se confirma que cuanto mayor es el desarrollo económico y cultural de una sociedad menos operacionales resultan las ideologías políticas para tomar las decisiones públicas. Es la diferencia que hay, por ejemplo, entre Suiza y Vietnam.

Y no hay ideologías novísimas. La convivencia humana se va racionalizando y aparecen ideas más realistas y más eficaces. La dialéctica de la Historia es cada vez menos pasional y torpe, es decir, menos ideológica y, por eso, es más creadora y acelerada. El «logos» está en el inicio de su prometedora carrera; es casi el comienzo de la Historia humana.